

*La revista Educere, rindiendo homenaje a la Escuela de Educación de la Universidad Central de Venezuela, publica el Discurso de Orden pronunciado por su Director, Profesor Eleazar Narváez, en la conmemoración de su cuadragésimo cuarto aniversario.*

---

# La Escuela de Educación de la Universidad Central de Venezuela en su 44 Aniversario

ELEAZAR NARVÁEZ

Las instituciones, educativas o no, si quieren enfrentar de manera efectiva los retos del presente y del futuro en la sociedad en la cual se desenvuelven, no pueden olvidar su pasado ni mucho menos dejar de reconocerse en éste. Con esta convicción, hoy estamos celebrando el cuadragésimo cuarto aniversario de la Escuela de Educación de esta Universidad, con una gran dosis de emoción, complacencia y orgullo.

Precisamente, el 23 de septiembre de 1953, en la Facultad de Humanidades y Educación, antes denominada Facultad de Filosofía y Letras, es creada la Escuela de Educación. Una Escuela que legítimamente estaba llamada a convertirse, por lo menos en el papel, en la columna vertebral de nuestra Facultad. Y hay suficientes y valederas razones para que pensemos así: La responsabilidad que se le asignaba, novedosa en el país en ese entonces, era nada más y nada menos que formar - incluso dentro de ciertos campos humanísticos- profesionales universitarios de la Educación, es decir, profesionales de lo que Fernando Savater llama el más humano y humanizador de todos los empeños humanos, cuyo sentido es "...conservar y transmitir el amor intelectual a lo humano". Nació, pues, nuestra Escuela, con la función de brindar formación docente a estudiantes de las secciones de Filosofía, Letras e Historia de la Facultad de Humanidades y Educación, y de perfeccionar, asimismo, la preparación en la docencia de los egresados del Instituto Pedagógico Nacional: Con ello se pretendía —sin desconocer las motivaciones políticas dominantes de ese momento— darle rango universitario a la formación docente en el país.

Tan trascendente propósito forma parte de una historia en la cual durante varios años no dejó de estar presente el afán permanente por establecer y consolidar los dominios propios de la Escuela de Educación. Una vez que comenzó efectivamente a funcionar en el mes de noviem-

bre de 1953, bajo la Dirección del Profesor Augusto Mijares, la orientación básicamente filosófica de su Plan de Estudio, la carencia de espacio físico y de recursos humanos y materiales propios, su matrícula estudiantil muy heterogénea, fueron factores que alimentaron un serio problema de identidad que provocó no pocas tensiones y deseos de cambio en el desenvolvimiento de la vida de esta Escuela a partir de esa fecha. La propuesta de creación de una Facultad de Pedagogía autónoma, en la que se visualizaba el funcionamiento conjunto de la Escuela de Educación y del Instituto Pedagógico, además de los persistentes pronunciamientos por modificar o cambiar su Plan de Estudio, constituyen claros ejemplos de lo antes dicho.

Más tarde, en el período 1959-60, en la gestión del recordado y apreciado maestro Gustavo Adolfo Ruiz, ciertos avances se hicieron notar: La implantación de un nuevo Plan de Estudio más acorde con el objeto de la Escuela, la creación de cargos de profesores especialmente para ésta, el desarrollo de actividades académicas y administrativas en un espacio físico propio, así como el inicio de un importante proceso de diferenciación y crecimiento de la matrícula estudiantil. Luego, vendría el desarrollo de un período hasta el año 1969 bajo la Dirección del Profesor J. F. Reyes Baena, en el cual se conjugaron sueños y frustraciones de destacados estudiantes y profesores que lucharon denodadamente, en medio de profundos conflictos, por llevar a cabo lo que sólo fue el despertar de un gran movimiento universitario: La Renovación. Un movimiento que a pesar de su corta duración estremeció las raíces de nuestra institución, que ahora se llamaría Escuela de Pedagogía, llevándola a la implantación de un nuevo Plan de Estudio con un Consejo Directivo y un Co-Gobierno de profesores, estudiantes y empleados que tuvo como Director al Profesor César Villarroel.

En los años siguientes, después de la intervención de la Universidad Central de Venezuela, una vez transcurridos los períodos de gestión de los Profesores Félix Adam, Pedro Tomás Vásquez y Ramón Lizardo, en los cuales surgieron experiencias y Proyectos polémicos, tales como el llamado Núcleo Extramuros y los Estudios Universitarios Supervisados, se inicia una etapa de relanzamiento de nuestra Escuela a partir de la Dirección a cargo del Profesor Victor Morles, sucediéndole en esa responsabilidad hasta el año 1996, hombres y mujeres cuyas gestiones todos podemos calibrar desde el punto de vista de sus logros y desaciertos. Nos referimos a Gisela Alvaray, Feijoo Colomine Solarte, Beatriz Rivera, Luis Antonio Bigott, Ramón Escontrela, Mario Molins, Sary Calonge, Isabel Martínez y nuevamente Ramón Escontrela, en un segundo período de gobierno que tuvo el mérito indiscutible de poner en marcha la reforma curricular que actualmente impulsamos con orgullo y decisión.

Sabemos que al lado de todos estos nombres que hemos mencionado en esta brevísima referencia histórica, hay otros tantos de profesores, empleados y estudiantes que han contribuido notablemente en el nivel de desarrollo que hoy exhibe esta Escuela, los cuales no señala-

mos, no por mezquindad o por simple omisión involuntaria, sino por las comprensibles razones de tiempo que impone este pequeño pero significativo acto.

En todo caso, el derecho de sentirse orgulloso por la Escuela que hoy tenemos le pertenece legítimamente a todos los miembros de esta comunidad universitaria, quienes tienen a su disposición los necesarios y suficientes argumentos que dan las numerosas, diversas e importantes actividades que en la actualidad viene realizando esta institución a través de:

Su docencia de pregrado, con dos modalidades de enseñanza y tres programas de estudio, administrando un nuevo Plan de Estudio de cara a las necesidades y problemas educativos del país, desarrollando una experiencia de la complejidad e importancia de los Estudios Universitarios Supervisados y soñando cada día con redimensionar ese otro programa de gran valía representado en el Componente de Formación Pedagógica.

Su docencia de postgrado, que queremos vincularla más orgánicamente con la docencia de pregrado, sintiendo y haciendo nuestros cada vez más su Doctorado en Educación, sus cuatro Maestrías y sus Cursos de Especialización.

Su investigación, especialmente aquella canalizada a través de la Unidad de Investigación en Educación, dada la referencia histórica de creación de éste en la Escuela en el año 1956.

Sus proyectos, que necesitamos asumir con mayor empuje institucional, tales como el Proyecto ECOLE, como propuesta pedagógica de Entrenamiento de Estrategias de Comprensión de la Lectura; el Proyecto Maracay y el Programa Educativo Ocumare de la Costa-Cumboto, como una verdadera innovación en el desarrollo de las actividades de Docencia, Investigación y Extensión fuera de la Ciudad Universitaria; el Proyecto SITCEUS, Sistema de Telecomunicaciones de los Estudios Universitarios Supervisados, con el cual pretendemos redimensionar significativamente esta modalidad de enseñanza en la formación de docentes en cinco Centros Regionales del país; el Proyecto DLAE, Diccionario Latinoamericano de Educación, concebido como instrumento importante para la investigación, registro y divulgación del pensamiento y la acción educativa en la formación de profesionales en América Latina. Además, como reto sobre este particular, hay un Proyecto que debemos reivindicar para esta Escuela: el Proyecto Gran Colombia, del cual institucionalmente no somos responsables, aun cuando cuenta con la participación de destacados profesores de nuestra Escuela de Educación.

Su primera Empresa, Educación Siglo XXI, aprobada recientemente por el Consejo de Escuela y las autoridades de la Facultad de Humanidades y Educación.

Su Centro Experimental de Recursos Instruccionales, que debemos fortalecer aún más e incorporar con mayor decisión a nuestras actividades de docencia, investigación y extensión.

Su Centro de Documentación e Información, ejemplo de perseverancia y organización, con un envidiable nivel de desarrollo que debemos apoyar mucho más.

Su Unidad de Informática y Educación, de invaluable importancia para atender las nuevas exigencias de docencia, investigación y extensión que tenemos planteadas.

Su Biblioteca, que ha experimentado importantes cambios organizativos y cada día hace mayores esfuerzos por tecnificar sus labores y enriquecer su dotación bibliográfica.

Su Unidad de Extensión, ejemplo de eficiencia y preocupación por profundizar su proyección interna y externa.

Su Control de Estudios, cuyos esfuerzos de tecnificación ya han comenzado a dar sus buenos frutos en los servicios que presta la Escuela a nivel nacional.

Su Administración, con su esmero en la gestión, control y supervisión de nuestros recursos y servicios diversos.

Sus distintas Comisiones Técnicas nombradas por el Consejo de Escuela, a las cuales en líneas generales hay que reconocerles sus diligencias para darle respuesta oportuna al trabajo encomendado.

Su Revista de Pedagogía, que ha mantenido una consistencia y eficiencia reconocida por todos en la publicación de tantos trabajos de interés.

Sus Cátedras Simón Rodríguez y Simón Bolívar, que no han dejado de indagar acerca de las enseñanzas de estos dos grandes personajes de nuestra historia.

Su Servicio de Reproducción, ejemplo igualmente de eficiencia y responsabilidad.

En verdad, hay razones válidas para sentirnos orgullosos de lo que estamos haciendo y de los inmensos retos que tenemos por delante. Desafíos que enfrentaremos con toda la disposición y el compromiso necesario para que el día de mañana no nos recuerden, a manera de reclamo, estas palabras del poeta Nicolás Guillén: «todo un mundo de aspiraciones, pero con muy cortas alas para el vuelo».